



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



8 de febrero de 1890



Núm. 119



LOS NIÑOS DE RUSIA Y POLONIA: UNA MADRE TRABAJANDO



## UN RATO DE CHARLA

**G**CHEMOS el rato á estadísticas. Pero, antes, bueno será decir por qué se me ha ocurrido eso.

El caso es, pues, que ha llegado á esta redacción una hoja de cuyo contenido se desprende que gran número de profesores de instrucción primaria van á elevar una solicitud á las Cortes en demanda de que dicho ramo pase á cargo del Estado.

Triste es la petición, pues revela la impotencia de los municipios (cuando no su mala voluntad) tocante al desenvolvimiento de la primera enseñanza, pero no cabe negar que es justísima.

Estamos mal, muy mal, rematadamente mal en cuanto á instrucción pública. Verdad es que lo mismo pasa con otras cosas, pero es más grave respecto á dicho particular.

Y ahora, demostración al canto:

En Suecia y Noruega, Dinamarca, Baviera, Baden y Wurtemberg *no hay nadie* que no sepa leer y escribir.

En Alemania sólo hay el 1 por 100.

En Suiza, el 2'5.

En Escocia y los Estados Unidos, el 7.

En Holanda, el 10.

En Inglaterra, el 13.

En Francia y Bélgica, el 15.

En Irlanda, el 21.

En Austria, el 39.

En Hungría, el 43.

En Italia, el 48.

En España, *¡el 63!*

Sólo aventajamos á Rusia, Rumanía y Servia, donde no saben leer ni escribir el 80 por 100 de sus habitantes. ¿Qué les parece á Vds.?

Véase, pues, si no hay precisa necesidad de que el Estado se encargue del desasnamiento nacional.

Yo no diré que la instrucción primaria sea la panacea que ha de curar todos los males, pero sí que sirve de mucho para que un país no se revuelque en el lodazal de la rutina y el embrutecimiento, y para que mejoren sus condiciones morales, con lo cual mucho tiene adelantado para adelantar en cuanto á bienestar material.

Algo tendrá el agua cuando la bendicen, y en algo se diferencian un sueco ó un suizo de un makololo. Los tiranos comprenden perfectamente eso, y por lo mismo tiran siempre contra la instrucción. Otro gallo nos cantara indudablemente á los españoles á no haber ese 63 por 100 de gentes á quienes estorba lo negro.



Precisa, pues, que *se imponga* la instrucción; y como los ayuntamientos no se dan mucha prisa en ello, al Gobierno toca ejercer ese envidiable ministerio de convertir en civilizados á tantos borricos como andan sin cabestro por esos mundos de Dios.

Yo soy muy liberal (¡juy!), pero esto no impide que en caso de haberme sido posible llegar al poder no hubiese pedido la dictadura para *universalizar* la instrucción primaria, aun á latigazos si hubiese sido menester, y para crear una *Inquisición* de burros.

Démonos vergüenza de lo que sucede. ¡Italia, una nación sumida ayer



Niños bailando el «korowod».



en el mayor atraso, contar con un 52 por 100 de ciudadanos que saben leer y escribir, mientras nosotros sólo contamos con un 37 por 100! ¿Qué de particular tiene que abunden tanto en España los burros de reaia y que hayan podido pasar los escándalos que han pasado desde 1814 acá? ¿Para quién trabajarán los doctos? ¿A qué masas se dirigirán los que escriben para enseñar?

De ahí que cuatro voceadores logren fácilmente hacerse dueños de esas turbas ignaras, fáciles de dejarse arrastrar por cualquier demagogo, blanco ó negro, para servir de carne de cañón, ó de escalera para trepar al presupuesto.

De ahí el atraso vergonzoso y humillante en que nos encontramos respecto á otras naciones que nos tienen por una especie de semisalvajes.

No hay, pues, que extrañar que muchos que como yo blasonan de descentralizadores aplaudan que los maestros quieran depender directamente del Estado. Deber es del Gobierno español hacer que desaparezca esa ignorancia que nos deshonra, ya que no es de esperar que los alcaldes de monterilla que no saben firmar sean los que tomen á pechos el desasnamiento de sus administrados.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



## SERPA PINTO

(Conclusión)

**R**ECOBRADAS ya sus fuerzas, salió por fin Serpa Pinto de Bihé en mayo de 1878, dirigiéndose hacia el este con un corto número de negros contratados durante su enfermedad. De los que le acompañaban al salir de Bengala, sólo dos ó tres le habían permanecido fieles: los demás le habían abandonado, robándole antes cuanto hubieron á mano y creyeron de valor.



Un rusito

Después de atravesar el Quanga, el explorador portugués penetró en el país de los Quimbandos. Es esta una comarca dilatada y fertilísima, en la que las aguas de los numerosos ríos que la cruzan mantienen constantemente una vegetación exuberante. Recorren sus praderas, y hallan pasto en los altos herbajes que las cubren, rebaños de bueyes que no tienen que temer la terrible picadura del *tretré*, insecto que en tantas partes del Africa mata el ganado.

Ofrece el nacimiento de aquellos ríos un hecho curioso. En un espacio de terreno que apenas medirá cincuenta metros en cuadro, tienen sus respectivos manantiales el Cuima y el Cuiba, que afluyen al Quanga y van á arrojar sus aguas

al Atlántico; el Lungo-Lungo, que recorre casi en línea recta el Zambesis y con él desemboca al Océano Indico; y el Cuito, cuyas aguas, después de mezclarse con las del Cubango, se evaporan en un lago del Africa del Sur.

Serpa Pinto penetró en las regiones que atraviesa el Cuando, caudaloso río que se pierde en el Zambesis y que es tan grande como él. En las tierras comprendidas entre este río y el Cubango, el intrépido viajero descubrió una raza de salvajes digna de profundo estudio.

Los *cassaqueres*, que este el nombre con que se designan estos salvajes, forman una tribu nómada que huye de todo contacto con las que habitan las comarcas inmediatas y vive solamente de comer raíces y de los productos de la caza. La oblicuidad de sus ojos recuerda la fisonomía de las razas del extremo Oriente. Su cuerpo es fornido y poseen una gran fuerza muscular. La saeta que arrojan al elefante se hunde y desaparece por completo en el cuerpo del colosal paquidermo.

El país, objeto de incesantes correrías de esta raza, es extraordinariamente fértil. Los ríos que lo limitan son navegables, no presentando ninguna catarata. El viajero portugués afirma que su colonización sería sobradamente fácil y altamente beneficiosa.



Después de sufrir toda suerte de penalidades, y haciéndosele insostenibles los repetidos ataques de aquella tribu, Serpa Pinto decidió levantar su campamento, abandonando lo menos que se pudiese, y huir. Así lo hizo en efecto, y, creyéndose al abrigo de toda asechanza enemiga en el extraviado lugar á que llegaron, levantaron algunas tiendas, donde se albergaron durante cuatro días. Pero tal situación era insostenible: Serpa Pinto no podía retroceder ni avanzar. Esperar allí socorro alguno era punto menos que imposible, y, no obstante, el explorador portugués pudo realizarlo. Uno de los dos negros que le quedaban, Veriscino González, conocía y hablaba casi todas las lenguas de las vecinas comarcas, y á él encargó Serpa Pinto la misión de ir en nombre de un hombre blanco á pedir auxilio al jefe de la tribu más inmediata. Regresó en breve González haciendo al hombre blanco, en nombre del salvaje, las mayores promesas, en las cuales fió poco el mayor lusitano; el cual, después de algunas idas y venidas, resolvió ir en persona á tratar con el cacique, que se mostró sumamente afable con el explorador, proporcionándole botes y remeros para surcar el Zambesis.

Tras algunos días de fatigosa marcha, los ojos del explorador veían por fin el suspirado río, y en breve se deslizó su bote sobre las transparentes aguas de la caudalosa corriente. Descendiendo por el río, observó Serpa Pinto que á partir del 15º paralelo no recibe ningún afluente por la orilla derecha, contra lo que aparece diseñado en todos los mapas de esta región. No hay tampoco en ellos marcadas las cataratas que se encuentran antes de la *Victoria*.

Cada vez que divisaban una catarata próxima, y antes que los botes cediesen á las vertiginosas corrientes que á ella precipitaban, acercábanse á la orilla, trasladaban los botes á tierra, y á fuerza de brazos los conducían hasta el punto en que, pasada la catarata, recobraba el río su curso sosegado y majestuoso. Tan penosísimo trabajo tuvieron que repetirlo treinta y siete veces.

«Estuve próximo á perecer de hambre y de cataratas,» dice Serpa Pinto en sus *Memorias*. Y así era con efecto. De nuevo le habían asaltado calenturas, y sólo le aguardaba una terrible decepción, ya que al llegar al término deseado, esto es, al punto de unión del Zambesis y el Cuando, creía encontrar reposo en un establecimiento que le dijeron habían fundado unos misioneros ingleses; pero no fué así: los misioneros habían muerto todos, por el camino, de hambre y de miseria, y su humanitario proyecto quedó sin realizar. En





cambio encontró en aquel punto lo que difícilmente se encuentra entre los hombres: un amigo. Iba un día Serpa Pinto con andar vacilante por el bosque, pudiendo apenas sostener con sus manos, ardientes por la fiebre, la carabina que le habían proporcionado, cuando divisó un hombre blanco, mal cubierto de harapos y descalzo, pero llevando cuidadosamente un par de zapatos pendientes del brazo, que contemplaba pacíficamente una planta. Era



El primero de mayo

un excéntrico médico inglés, Mr. Braadshaw, que hacía años estaba estudiando la flora del centro del Africa, formando colecciones para los museos de Londres.

Encontró Serpa Pinto en el doctor inglés el mejor de los amigos, pasando desde luego á habitar con él su mezquina choza. Una noche los indígenas fueron á atacarlos en ocasión en que casi todos los negros de la expedición se hallaban ausentes. Encerráronse precipitadamente el doctor y el viajero en la choza, arrimaron á un ventanillo una mesa, cubriéronla de municiones, y, montados encima, armados con sendas carabinas, sostuvieron largas horas de fuego contra aquellos indómitos salvajes. Aquella lucha acabó con el resto de vigor que animaba aquel cuerpo minado por la fiebre, y ésta se mani-



festó de nuevo con sus más funestos caracteres. Al volver en sí, una noche, de uno de sus más dolorosos ataques, tuvo la gratísima satisfacción de ver junto á él á dos señoras europeas que le asistían con solícita bondad. Eran la esposa y la hija de un misionero francés, á las cuales debió Serpa Pinto el poder llegar felizmente en su compañía á la costa del Océano Indico, terminando de esta suerte su arriesgada exploración á través del Africa Austral.



Interior de una izba rusa

Antes de terminar el viaje pudo Serpa Pinto tener una larga conversación con el cacique más justamente célebre del Africa del Sur, con Cama, jefe de los bamanguanos. Dicho jefe es cristiano, y su pueblo también. El celo y la abnegación de tres misioneros ha obrado el prodigio de convertir á la civilización una tribu africana.

Tales son, someramente reseñados, los principales episodios del primer viaje de exploración efectuado por el célebre mayor lusitano, en la actualidad jefe supremo de las colonias que Portugal posee en Africa; las cuales, á pesar de sus legítimos derechos, se ve forzado á evacuar, cediendo á las apremiantes exigencias é intimaciones de la Gran Bretaña.

BENJAMÍN





En invierno: Acarreo de leña

## ILUSIÓN

### FÁBULA

Una soberbia manzana,  
aromática y frescota,  
lleva en las manos Carlota  
la aldeana.

De contento medio loca,  
contemplando su matiz,  
se la lleva á la nariz  
y á la boca.

Al partirla, su ilusión  
se desvanece cual humo,  
y que la mata presumo  
la emoción.

Desde un vallado cercano  
observando está la escena,  
de faz tranquila y serena  
un anciano;

quien le dice:—Ten paciencia:  
cese tu dolor profundo:  
no te ofusque de este mundo  
la apariencia.

Yo declaro, y no te asombre,  
que ese fruto apetecido  
*está por dentro podrido*  
*como el hombre.*

LUIS VEGA



## DOS BUENOS NIÑOS

(Conclusión)

**E**RAN Agustín y César moderados en las diversiones, no apasionados en las polémicas, observadores de lo que veían, y aficionados, sobre todo, á la lectura de todo lo que podía aprovecharles.

Una hermosa tarde, que estaban libres de asistir á clase, determinaron dar un paseo por las afueras para hablar un poco, como ellos decían, y gozar del espectáculo grandioso que ofrece la puesta del sol; espectáculo que, dicho sea de paso, tiene sobre los demás la no despreciable ventaja de ser gratuito. No tuvieron inconveniente sus familias en dejarlos ir solos, porque tenían seguridad completa respecto á sus intenciones.



En la mesa

Trascribiré algo de lo sucedido que *charlaron* para que sirva de estímulo á muchos camaradas que en sus conversaciones se ocupan sólo de poner por las nubes su habilidad en tal ó cual juego, de murmurar de éste ó del otro compañero, de censurar el rigor del profesor, etc., etc.

—Ya sabes que la lección de retórica de mañana trata de las condiciones que debe llenar el teatro. Algo de eso sabía yo antes de estudiarlo, porque nuestro compañero Antofito se ha ocupado de ello en *Un rato de charla*.

—Cierto... lo cual que decía que estaba hoy muy lejos de cumplir el precepto de Horacio: instruir deleitando.

—¡Claro que no! Yo me acuerdo de que en una pieza que vi en Madrid salía una mujer como si fuera Eva, y el escenario el Paraíso; y desde entonces no me deja papá asistir á ninguna función. Y es lo que yo digo: el teatro no es teatro mientras se representen cosas que hagan que los niños y las mujeres nos estemos en casa.

—Y ¿no podría el Gobierno evitar eso?

—Eso digo yo también cuando veo en *El Liberal*, que es el periódico que lee papá, un suelto que dice: «Nuestro compañero en la prensa, Sr. X., ha sido condenado á cuatro años y un día de prisión, accesorias y costas por un artículo que publicó con el título de *Personalidad administrativa*.» ¿Por qué no



había también de leerse: «La empresa del teatro... ha sido multada con 10,000 pesetas por faltar abiertamente á la moralidad poniendo en escena la pieza...»?

—No te falta razón; pero el Gobierno tiene hartó que hacer con encarcelar periodistas y discurrir el medio de pagar los gastos de la escuadra ó de aplacar los humos de Gamazo en vez de hacerlo con los de Riotinto.



Iwan el pescadorcito

—Mira, mira, César, á lo largo de la carretera por donde vamos: ¿verdad que parece una cinta de plata?

—¡Hombre! Ahora que dices eso, me acuerdo de que lo mismo nos dijo hace poco D. Andrés como ejemplo de metáfora.

—Sí, sí. ¡Qué lección más bonita la de tropos! ¿Verdad? La explicación que de ella nos hizo D. Andrés es de las que mejor he entendido yo: así que cuando leo un artículo de EL CAMARADA, por ejemplo, distingo al punto si un tropo es sinécdoque, metonimia, metáfora ó alegoría.

—Ya que has mentado á EL CAMARADA, te diré que mañana mando al Director un articulito que he hecho estos días y que espero insertará enmendando él las muchas faltas que por ser el primero tendrá.

—¿Por qué no lo has traído y lo hubiéramos leído?

—Mañana le daremos entre los dos la última mano. ¡Dar á un artículo la última mano! ¡Esto es otra metáfora!



La conversación, como veís, queridos camaradas, era excelente y hasta impropia de su edad; pero en honor de la verdad debo decir que á veces cortaban de repente el diálogo para arrojar una piedra á algun pájaro que veían parado en los zarzales, inaugurando después otra *del tenor* siguiente:

—Mi papá me ha prometido comprarme otro trompo, pues estoy sin él



Músico ambulante en Polonia

desde que, jugando el domingo en la Alameda, se me rompió el que me cambió Félix por un cortaplumas.

—Pues yo creo que me durará el que tengo hasta que pase el tiempo de ese juego. ¡Y qué bien baila! ¿Eh?

Al atardecer, algo rendidos por el cansancio, entraban los dos en casa, contaban á sus padres lo que habian hecho, y descansaban de las fatigas del viaje mientras consumían la merienda que ya tenían preparada.

No diré más de César y Agustín, porque lo expuesto basta para que, si todos los estudiantes que estos renglones han leído hacen voto y promesa de imitarles, pueda decirse de ellos, sin ningún escrúpulo, que son buenos niños. Y como yo sé que algunos camaradas, después de enterados de la conducta de los dos amigos, lejos de proponerse imitarles se habrán contentado con exclamar:—



¡Qué muchachos tan excelentes! ¡Pero hay tan pocos como ellos!—sin pasárseles por la imaginación que á muy poca costa pueden ó observar su mismo comportamiento, encargo á los que estén en el deber de velar por la educación de los que así piensen, les den un prolongado estirón de orejas y les condenen á no larga pero tampoco corta dieta... y que vengan luego á quejarse ó culparme á mí, que yo me las arreglaré con ellos.

ANGEL P. IBÁÑEZ



## LA CIGÜEÑA

**H**AY dos clases de cigüeñas: la una blanca y la otra negra. La primera es la más notable. Su longitud es de tres pies; el pico de un hermoso color rojo; tiene ocho pulgadas de largo; las plumas son enteramente blancas, á excepción de algunas de las alas y espalda, que son negras. Es de un carácter dulce: no es ni desconfiada ni salvaje. Puede aprisionarse y acostumbrarla á habitar los jardines, que limpia de insectos y reptiles.

En Egipto las cigüeñas son muy numerosas, y rinden tan gran servicio destruyendo las ranas, que sin ellas infestarían el país.

Los antiguos atribuían á la cigüeña varias virtudes morales: la templanza, la piedad filial y el amor maternal.

Hay en Holanda una historia célebre de una cigüeña que en el incendio de la villa de Delft, después de haberse esforzado inútilmente por salvar sus hijuelos, dejóse abrasar por sufrir su misma suerte.

Las cigüeñas son pájaros de paso. Observan una grande exactitud en su partida de Europa, que tiene lugar en otoño. Van á pasar á Egipto un segundo estío, y verifican una segunda postura.

MANUEL VELILLA





## + NUESTROS GRABADOS +

## LOS NIÑOS DE RUSIA Y POLONIA

En Rusia los niños salen alegres á las calles apenas caen las primeras lluvias, y cantan y ríen para celebrarlas. La nieve no es nada nuevo para ellos, pero después de las largas heladas del invierno esas lluvias les anuncian la más hermosa estación del año, aunque también la más corta.

En algunas partes los muchachos reúnen á las orillas de los ríos cuando comienza el deshielo, y, cogiéndose de las manos, muévense acompasadamente en una especie de danza, pidiendo á la Providencia que no retarde la llegada de la primavera. El primero de mayo los niños pasean por los bosques con sus padres, y vuelven á sus casas cargados de las primeras flores silvestres.

La primavera rusa es corta, tanto que en otro tiempo ni siquiera se consideraba como estación. Preséntase de pronto, y apenas deja tiempo para que los árboles despierten de su sueño invernal y las flores broten en el prado ó á orillas del torrente.

Para todas las estaciones hay cantares apropiados, que los niños entonan, lo mismo para la primavera que para el verano, cuyos días se prolongan más que en todas partes, pues apenas desaparece el sol bajo el horizonte. Los cantares del otoño y del invierno, sin embargo, son tristes, porque es una despedida á las avecillas, á las hojas y á las flores.

Los niños de los rusos ricos son muy mimados generalmente, y habitan en lujosas casas. Rara vez van á la escuela los jóvenes nobles, pues por lo regular la familia tiene tutor ó aya para enseñarlos.

Estos tutores son, en la mayoría de casos, naturales de Francia, Inglaterra y Alemania; y como oyen hablar estos idiomas desde sus primeros años, no tienen dificultad para hablar las lenguas extranjeras, las cuales conocen mejor que la suya propia.

Mientras son niños, los pequeños nobles presentan un aspecto muy gracioso con sus pintorescos trajes. El *caftan*, especie de largo ropaje de seda de Persia bordada, ó de terciopelo, es muy elegante.

Los bonetes y turbantes, de todas especies y colores, cubren las rizadas cabezas; y las botas, de color encarnado, amarillo ó negro, con espuelas doradas, contribuyen á realzar el conjunto del traje.

Los niños no lo son largo tiempo en Rusia: pronto se convierten en caballeritos y señoras. Los muchachos visten uniforme é ingresan en las escuelas militares, ó se les destina á pajes, enseñándoseles ante todo á saludar graciosamente, vestir con lujo y darse importancia.

Los comerciantes suelen enviar á sus hijos fuera del país para educarlos; pero muchos van á las escuelas del Gobierno, entre las cuales las hay muy buenas, aunque nótase la falta de buenos maestros.

Por regla general los niños rusos son bondadosos y pacíficos, tal vez demasiado, según se dice. No son muy aficionados á la broma ni á las pendencias, y su diversión favorita es correr con trineo. Aprenden de sus padres á ser corteses y hospitalarios, pues aquéllos creen que sus deberes son sagrados con todas las personas que han comido de su pan y de su sal.

El pequeño Zan (nombre común que se dá á los niños rusos) de nuestra época, nacido en la libertad, tiene muchas probabilidades de llegar á ser algo



más que su padre y su abuelo, que no tenía vida propia, por decirlo así, puesto que se hallaba continuamente en peligro de ser maltratado por su *barin* (amo), cuando no se le desterraba á la Siberia.

El *mouschik* (campesino) construye él mismo su *izba* (cabaña), la cual forma con troncos de árbol, rellenando los huecos de simientes y ramaje. En el fondo está el hogar, enorme chimenea de tierra que presta bastante calor; y alrededor de las paredes hay bancos largos que sirven de lecho á los chicos más crecidos.

Zan sale á pescar muy á menudo, y aguarda con paciencia hasta que coge algo. Esta es su principal diversión, y si tiene la suerte de volver á la *izba* con una buena pesca se le prodigan muchos elogios; pero su vida es general-

mente muy dura. Durante el invierno ha de conducir el trineo de su padre, y algunas veces el pobre muchacho ha de ir al bosque á coger leña. En cuanto á las niñas, deben acompañar á sus madres á los campos, donde trabajan cuanto sus fuerzas les permiten.

Algunas de las cabañas están más limpias que otras, según la naturaleza de las familias que las ocupan. La *izba* rusa representada en nuestro diagrama, por simple que sea, y aunque vivan en su interior los niños y las gallinas, tiene un marcado aspecto de comodidad, revelando además que la dueña es una mujer aseada.

Si el *mouschik* es hombre de algunos recursos, su *izba* tendrá, por supuesto, más pretensiones á la comodidad: tal vez haya dos ventanas, sofá y sillas, una gran caja pintada que contenga los tesoros de la familia, y algún otro mueble; pero no se encontrarán señales de pinturas. Aun en estas *izbas* abundan siempre las arañas y los *tarakans* (cucarachas).

Nuestro diagrama representa otra *izba* donde una campesina se ocupa en hilar á la luz de un candil muy primitivo. La presencia del gato comunica cierto aire de domesticidad á la habitación, cuyo conjunto es bastante sombrío.

Desde el noble al campesino, todos los rusos aprecian sobre todo sus botas. Cuéntase de un ministro polaco que solamente llevó las suyas dos veces, y después las colgó en una elegante sala para enseñarlas á sus amigos y conocidos.

En Polonia, la condición de los niños, así como de los hombres del campo, es más mísera, y entre estos últimos muchos van descalzos. A pesar de esto, no obstante, hay numerosas familias en Polonia donde no faltan bailes y diversiones durante las largas noches del invierno y en las noches de verano. Así como en Rusia, la música, sobre todo cuando es triste y dulce, ejerce en todos poderosa influencia, y el bardo errante (véase el diagrama) es siempre escuchado con religioso silencio cuando, quitándose el sombrero y dejando su palo en tierra, comienza á tocar algún instrumento musical entonando una balada. El campesino se acerca á la puerta á escuchar; la sirvienta, con sus cubos en la mano, olvídase de ir á buscar el agua; los vecinos se reúnen muy pronto; y el músico ambulante puede estar seguro de que se le recompensará con un vaso de *quass* (cerveza propia del país), un pedazo de pan negro y alojamiento para pasar la noche si lo necesita.



Niño bailando la  
«tressaka»





## EL NIÑO DE URBINO

NOVELA INGLESA

(Continuación)

Sí, la vida debe haber sido buena en aquel tiempo en Urbino: mejor que no lo es hoy en día no importa en qué país.

¡Cuántas escenas encantadoras contemplaban los ojos soñadores de Rafael, esperando que su mano las reprodujese!

Por aquel entonces comenzábase á hablar ya de la cerámica de Urbino. Sus grandes platos y sus grandes vasos, sus fuentes y sus bocalles de farmacia, empezaban á rivalizar con los productos de Gubbio. Cuando el duque tenía que hacer algún regalo de bodas ó algún presente para una fiesta, no había sino encargar á los artistas de Urbino una vajilla ó una pieza rara.

Había en aquella época en Urbino un maestro alfarero llamado maese Benedetto Ronconi. Si Ronconi no era conocido en el universo entero, como lo fueron en el siguiente siglo Orazio Fontana y Maestro Giorgio, cuando menos era célebre en todo el ducado: realmente hacía muy buenas cosas. Vivía á tiro de piedra de la casa de Giovanni Sanzio. Era muy guapo con sus cabellos grises, quizás un poco severo y un tantico solemne. Tenía una hermosa hija llamada Pacífica. Mucho quería á Pacífica, pero quería más aún las obras que salían de sus manos.

Maese Benedetto estaba lleno de vanidad y de ambición. Había tenido unos comienzos muy difíciles y llevaba una vida muy penosa allá cuando trabajaba, valiéndose alternativamente de la rueda del alfarero y de los pinceles del pintor, en una época en que la cerámica de Urbino era desconocida en Italia y apenas conocida en el ducado. El día en que trabamos conocimiento con él es ya estimado en su justo valor, así como sus obras; tiene alguna hacienda y se le conoce como un buen artista, aun fuera de las Marcas. Sola-



Niña ballando la  
«roosrala»



mente que había en Gubbio un artista más joven que él, Don Giorgio, el precursor del inimitable maestro Giorgio Andreoli. Ese joven artista era superior á Ronconi, al cual sus lauros impedían conciliar el sueño.

La casa de maese Benedetto era un largo edificio de piedra, terminado por una *loggia* (1) toda tapizada de rosales que daba sobre un cerrado, mitad jardín, mitad huerta, donde se veían buen golpe de perales, ciruelos y fresales.

El chico del vecino Sanzio iba y venía á su guisa por aquella gran casa y por el jardín de maese Benedetto. Pacífica le veía siempre con placer, y aun



Exterior de una cabaña rusa

el mismo viejo maestro se humanizaba con él hasta permitirle que tocase sus pinceles. ¡Qué más! Llegaba hasta enseñarle á pintar sobre faenza.

Pacífica era una hermosa niña de diez y siete ó diez y ocho años. Quizás pensaba en ella Rafael al pintar más adelante la Madona Sixtina. Queríala como quería á todo lo que era bello y como á toda criatura que fuese buena. Aquella gran casa de maese Benedetto, toda embalsamada con los aromas del jardín, bañado por el sol, y donde, sin embargo, había buenas umbrías, merecía la preferencia de Rafael sobre el taller de su padre bien amado y sobre la tiendecilla de su abuelo, con ser tan alegre.

(1) Como si dijéramos galería cubierta. No tiene traducción castellana exacta.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes. 365 á 371, BARCELONA  
Reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA